

La independencia económica de América Latina como problema multinacional

D. F. Maza-Zavala Economista y profesor universitario venezolano. Ex-decano de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Autor, entre otras obras, de: "Los Mecanismos de la Dependencia"; "Expresión Demográfica y Crecimiento Económico"; "Universidad, Ciencia y Tecnología"; "Ensayos sobre la Dominación y la Desigualdad".

La respuesta de los países latinoamericanos a la agresión militar y económica de que fue víctima la República Argentina por parte de los países capitalistas desarrollados durante el conflicto de las Malvinas, no fue uniformemente solidaria y careció de eficacia incluso en el frente diplomático. En términos prácticos, Argentina quedó aislada y desasistida durante el conflicto, en tanto que la potencia agresora directa, Inglaterra, tuvo toda clase de apoyo y asistencia. Por supuesto, los intereses estratégicos de los Estados Unidos prevalecieron sobre sus relaciones interamericanas, por lo que la "buena vecindad" y el pregonado sistema de defensa continental quedaron en este caso como "papeles mojados". Ambos artificios funcionaron en el pasado, con dolorosa frecuencia, para sostener o implantar regímenes tiránicos contra la voluntad de los pueblos latinoamericanos. Parece más difícil que puedan funcionar ahora para destruir los procesos de liberación y transformación que se desenvuelven en algunos de nuestros países.

La heterogeneidad de las actitudes tomadas por los países latinoamericanos durante el conflicto de las Malvinas puede explicarse por la diversidad de interés y problemas específicos, en buena parte centrados en las relaciones económicas con los Estados Unidos y otros países industrializados capitalistas. El comercio y el financiamiento exterior son factores determinantes no sólo de la coyuntura y el crecimiento de la economía de estos países nuestros, sino también de sus posiciones políticas internacionales. Las vinculaciones dentro del sistema capitalista mundial son asimétricas, en el sentido de que se refuerzan y profundizan entre los países desarrollados - no obstante las contradicciones entre los mismos -, en tanto que se mantienen débiles y fragmentarias entre los subdesarrollados. Desde luego, la otra dimensión de esta asimetría es la que se manifiesta en las relaciones dispares entre el Norte y el Sur, cuya dinámica opera para acumular el crecimiento en los centros desarrollados y para hacerlo precario y disperso en los países denominados periféricos.

América Latina no tiene propiamente una economía

La experiencia derivada de la agresión británica a la Argentina, con la complicidad o la pasividad de sus asociados de la Comunidad Económica Europea y de los Estados Unidos, es que en realidad no existe América Latina, si entendemos por tal un sistema regional integrado, cooperativo, capaz de movilizar recursos y fuerzas en su defensa o en la prosecución de objetivos comunes. Ello no significa que niego la idea de América Latina, como proyecto, como estado de conciencia, como posibilidad necesaria. Constantes históricas, culturales, geográficas, entre otras, permiten fundamentar aquella idea. Similitud de situaciones y problemas económicos, en lo esencial, propicia el escenario para acciones multinacionales en procura de soluciones. Pero hay que señalar que hasta el presente, los esfuerzos de mayor aliento no han sido coronados por el éxito ni siquiera en modestas proporciones. Las economías latinoamericanas se desenvuelven con escasa vinculación entre sí y con fuerte vinculación a través de las corporaciones transnacionales con los centros del desarrollo capitalista. América Latina no tiene propiamente una economía, si por tal entendemos una interdependencia de actividades productivas, servicios y mercados. El proyecto consiste, precisamente, en crear esa economía, no como un compartimiento aislado y autárquico en el mundo, sino como un conjunto orgánico de capacidades productivas y consuntivas, cuyo mayor intercambio y complementariedad se realice dentro de la propia región.

La CEPAL cumplió una valiosa misión, sin duda histórica, en el sentido de lo necesario y oportuno, en la formación de una conciencia latinoamericana orientada al desarrollo. Independientemente de sus aciertos, errores u omisiones, aquel organismo abrió camino para el análisis y la acción en pro de la existencia concreta de América Latina. Corresponde ahora al SELA, mediante la evaluación de esa experiencia, desarrollar una estrategia - fundamentalmente económica, pero también política - para que el ideal latinoamericano, como proyecto multinacional, tome cuerpo y se convierta en poderoso estímulo para la transformación y la liberación de nuestros países sobre bases reales, de auténtica autonomía y de seguridad integral. Para ello hay que comenzar por replantear o redefinir el patrón de relaciones de los países latinoamericanos con los países capitalistas desarrollados, con los países subdesarrollados de otras regiones y con los países socialistas, de tal manera que la región como un todo acentúe su diferenciación en la economía mundial con perfiles y características positivas, procurando transformar las relaciones de dependencia en relaciones de interdependencia. Ello permite establecer un nuevo concepto de independencia económica, la de índole multinacional, es decir, el conjunto de naciones latinoamericanas puede lograr una situación en la cual el componente de autonomía real sea elevado y el intercambio con el resto del mundo sea de complementación en términos de equivalencia y compensación.

Las relaciones internacionales son relaciones de intereses

El principio cardinal que, en mi opinión, debe guiar la acción mancomunada de los países latinoamericanos es el de que las relaciones internacionales son esencialmente relaciones de intereses, aunque ello no excluye la cooperación y la amistad como formas de comportamiento. Particularmente las grandes potencias que encabezan los dos principales bloques de poder que coexisten en el mundo - los Estados Unidos y la Unión Soviética - desarrollan sus políticas en función de sus intereses, analíticamente diferenciados en factores económicos, de seguridad, de expansión estratégica y equilibrio táctico, entre otros. El llamado Tercer Mundo, del cual forma parte singular América Latina, está en la órbita del poder liderizado por los Estados Unidos, pero tiene la posibilidad de realizar una estrategia que considere su posición periférica, no en el sentido tradicional de zona incondicionalmente sometida a la dinámica emergente de los centros, sino en el sentido crítico de área geoeconómica y geopolítica que puede desplazarse, parcialmente, por supuesto, de una a otra influencia, sin caer en el propio juego de las hegemonías. En términos más concretos, pienso que la posición de los No Alineados puede reafirmarse y desarrollarse más allá de la formalidad política para obtener un tratamiento preferencial efectivo en las relaciones de estos países con aquellos del sector capitalista y del socialista que han alcanzado un alto grado de industrialización y adelanto tecnológico.

El programa del SELA en sus grandes líneas, propuesto como base para una estrategia de seguridad a independencia de América Latina, significa la posibilidad de un avance con respecto a los que en su oportunidad formuló la CEPAL en la perspectiva de la integración latinoamericana. Valiosas experiencias se han derivado de los esfuerzos integracionistas hechos en la región, que nos permiten continuar sustentando la idea de que la integración es una necesidad y una posibilidad, pero por vías operativas distintas de las practicadas hasta ahora. Si se mantiene el empeño de dar prioridad a la liberación del comercio según normas rígidas o fórmulas incondicionales, en lugar de proceder mediante la cooperación productiva básica según programas multinacionales viables, de tal manera que la liberación comercial constituye una pieza lógica del programa respectivo, no podrá avanzarse mucho en el programa de la integración como ha ocurrido en las dos últimas décadas en América Latina. Cada economía nacional - falsamente nacional en gran parte - trata de mantener intactos sus perfiles productivos ante el proceso de integración y de obtener ventajas en los proyectos sectoriales o subsectoriales de especialización. En lugar de esas contradicciones, parece más razonable acometer programas multinacionales de largo alcance en áreas no competitivas y que interesan al conjunto, tanto en los rangos de bienes de capital como en los demás insumos básicos y productos esenciales de consumo. Puede tomarse como ejemplo el caso de los fertilizantes y aún el de la maquinaria agrícola. Una gran empresa multinacional, latinoamericana, de fertilizantes y otros insumos agrícolas, que pudiera establecer plantas en diferentes países de la región según principios objetivos de localización, y cuyos productos llegarán a cubrir el mercado regional o la mayor parte del mismo, sería un elemento real de cooperación con vistas a la integración. En el campo de la

tecnología los esfuerzos de cooperación podrán ser fundamentales, tanto para la negociación como para la adaptación, transformación y creación de técnicas por las cuales ahora se paga un elevado tributo a intereses extrarregionales. La creación de centros regionales o subregionales de investigación científica y tecnológica es algo tan elemental como necesidad que huelga discutirlo. En este orden de ideas podrían mencionarse numerosos e importantes prospectos de cooperación real que irán creando verdaderos vínculos de integración y bases de independencia y seguridad.

Posibilidades de cooperación intrarregional

La idea de la preferencia arancelaria latinoamericana, señalada en el documento del SELA, se inscribe en el cuadro de viabilidades institucionales y políticas que puede constituir objeto de acuerdos casi inmediatamente. En el mismo sentido podría indicarse la conveniencia de una preferencia latinoamericana para servicios de consulta e ingeniería, cuyo nivel de desarrollo en la región, en términos generales, es bastante alto. Para obras importantes de infraestructura - incluyendo vialidad, riego y electrificación - aquellos servicios podrían prestarse conjuntamente por varios países mediante asociación, combinados con alguna forma de financiamiento que debería apoyar el Banco Interamericano de Desarrollo. En este esquema ilustrativo de posibilidades de recuperación intrarregional podría contemplarse también la creación de un organismo multinacional de promoción de exportaciones no tradicionales, aprovechándose la experiencia obtenida en esta gestión por algunos de nuestros países. Podría pensarse en la fundación de un banco latinoamericano de financiamiento de dichas exportaciones con fórmulas novedosas, ágiles y operativas para la optimización de un volumen dado de recursos financieros de base. En lugar de transacciones bilaterales, como ha sido la práctica hasta ahora en esta materia, se daría impulso a las transacciones multilaterales dentro de la región. El banco ayudaría, además, al financiamiento de exportaciones hacia fuera de la región.

En Venezuela - y creo que en algunos otros países latinoamericanos - existe un decreto ejecutivo sobre la preferencia a la compra de bienes y servicios nacionales, dentro de los márgenes razonables de comparación económica con los producidos en el extranjero. Esta preferencia podría establecerse a escala regional, mediante un convenio que podría denominarse "Compre latinoamericano", que contemplaría campañas promocionales para popularizar esa actitud de los compradores, sean particulares, empresas o gobiernos.

Uno de los aspectos de mayor interés de la cooperación interlatinoamericana se refiere a la negociación conjunta en lo posible del refinanciamiento de la deuda externa de nuestros países, para obtener las mejores condiciones en cuanto a plazos, tasas de interés, amortización y otros términos de la operación. Los países mayores deudores externos de la región - Brasil, Argentina, México y Venezuela - que son, al mismo tiempo, los que tienen mayor potencial de atención a la deuda,

pueden encabezar por América Latina las rondas de negociación y quizás se lograría para este objeto el apoyo de instituciones internacionales como el BID, el Banco Mundial y otras. En todo caso, parece que los hechos conducirían forzosamente a algún tipo de solución de esta índole, pero conviene impulsar la idea para que se concrete en la forma más favorable posible.

El problema del transporte marítimo internacional tiende a complicarse en razón del creciente proteccionismo de los centros capitalistas, principalmente los Estados Unidos, que incluye la preferencia manifiesta a sus propias flotas mercantes y se constituye en motivo de conflicto. Esta es una oportunidad excelente, aunque parezca paradójico, para que la cooperación latinoamericana demuestre su potencialidad. Un acuerdo global sobre preferencias recíprocas ponderadas en la asignación de cargas comerciales a las flotas mercantes, teniendo en cuenta los diferentes grados de desarrollo de cada una, podría despejar el escenario para el futuro. En todo caso, y como aspecto particular de ese posible acuerdo, habría que pensar en una preferencia latinoamericana a las flotas mercantes de la región en el comercio intrazonal, combinada con un régimen diferencial de fletes y simplificación de trámites y documentación para favorecer dicho comercio. El acuerdo regional en la materia debería contemplar una preferencia a la utilización de astilleros de países latinoamericanos, tanto para reparaciones como para reconstrucción de nuevos buques.

América Latina debe trazarse sus propios objetivos

Consideración especial merece la cuestión del papel de las transnacionales - y en general del capital extranjero privado y el desarrollo tecnológico difundible - en el crecimiento industrial latinoamericano. La estrategia de las transnacionales, sin duda, consiste en aprovechar determinadas ventajas comparativas de países seleccionados para emplazamiento industrial de mediana y de gran escala, con vistas al abastecimiento de los mercados de la propia región y aún de los países industrializados. La disponibilidad de los recursos energéticos, de materias primas, de fuerza de trabajo relativamente barata, de facilidades de transporte interno y externo, de regímenes tributarios flexibles y aún de mercados domésticos de dimensión apreciable, orientan aquellas preferencias de localización.

Si esa estrategia se lleva a cabo con prescindencia de los objetivos de desarrollo independiente y orgánico que se tracen nuestros países, el crecimiento industrial se efectuará en gran medida en función de una mayor dependencia con respecto al capital supermonopolista transnacional y, por tanto, resultará en una mayor vulnerabilidad de cada país en particular y de la región como un todo. Por ello es indispensable una contraestrategia - y en esto la integración puede jugar un papel eficaz - que sin pretender oponerse a todo proyecto del capital privado extranjero, y sin renunciar a su aportación económica, financiera o tecnológica, logre en lo posible conciliar los intereses de dicho capital con los del desarrollo

latinoamericano. En este sentido es importante señalar que el concepto de desarrollo para América Latina no puede ser inscrito en el mismo sistema de valores objetivos y subjetivos vigentes en los países industrializados y, por supuesto, las vías al desarrollo no pueden ser similares a las que en su tiempo y circunstancia siguieron esos países. Si lo que se persigue es la seguridad real, la independencia, el bienestar de la sociedad latinoamericana en términos de calidad de la vida e igualdad de oportunidades para el progreso material, intelectual y moral, las bases del desarrollo tienen que ser: la cabal satisfacción de las necesidades esenciales en su dimensión histórica, el aprovechamiento óptimo de los recursos naturales y humanos, la organización del plan productivo, la utilización racional del adelanto tecnológico y el sostenido desarrollo cultural. No es indispensable - ni siquiera conveniente - proponerse metas y objetivos grandiosos en cuanto a potencialidad industrial. No es saludable propiciar la imitación o difusión del patrón de consumo de las sociedades superindustrializadas. América Latina tiene que trazarse sus propios objetivos o no será desarrollada ni independiente jamás. En este sentido, el SELA tiene una misión eminente que debe ser apoyada en cuanto mantenga firmes y en alto las banderas del latinoamericanismo independiente.